



Memorias. Revista Digital de Historia y
Arqueología desde el Caribe
E-ISSN: 1794-8886
memorias@uninorte.edu.co
Universidad del Norte
Colombia

Gaztambide Géigel, Antonio

La geopolítica del antillanismo en el Caribe del siglo XIX

Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe, núm. 8, noviembre,
2008, pp. 1-35
Universidad del Norte
Barranquilla, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85540808>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La geopolítica del antillanismo en el Caribe del siglo XIX*

Antonio Gatztambide Géigel

Ph. D. Universidad de Harvard y Ph. D. Universidad Central de España. Profesor de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras e investigador del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.

[agaztambide@gmail.com]

Texto recibido: 10/08/07; Aprobado: 19/10/07

Resumen

En el texto, el autor explora las ideas de Ramón Emeterio Betances, Eugenio Hostos y José Martí sobre la configuración ideológica, geohistorica, política e identitaria de un proyecto de unidad antillanista y latinoamericanista que abogaba por la integración, solidaridad y novedad de estos pueblos.

Antonio Gatztambide explica en su escrito como Betances, Hostos y Martí intentaron construir una confederación de repúblicas antillanas, no solo como muro de contención a las pretensiones imperialistas de Europa y Estados Unidos, también afirma que este proyecto confederativo y republicano fue gestado para proteger las independencias de los pueblos antillanos y facilitar la de Cuba y Puerto Rico.

Palabras claves: geopolítica, antillanismo, identidad, Caribe.

Abstract

The author explores the ideas that political figures like Ramón Emeterio Betances, Eugenio Hostos y José Martí upheld about the ideological, geohistorical, political and identitarian frame of a project of Antillean and Latino American unity behind the integration and solidarity of the latinamerican peoples.

Antonio Gatztambide discusses how these figures attempted to build a confederation of Antillean republics not just as a wall of containment against the imperialistic aspirations of the United States and European countries but also as an umbrella to shelter the newly achieved independence of the Caribbean communities and ease the transition to Cuba and Puerto Rico.

Key words: Geopolitics, antillanism, identity, Caribbean.

De Ramón Emeterio Betances y de Eugenio María de Hostos puede decirse que su antillanismo les nació en la cuna y que era inseparable de sus identidades personales. En el caso de Betances, hay expresiones de regionalismo desde su experiencia revolucionaria francesa de 1848, a los 21 años, y en el de Hostos a los 24, cuando redactó y publicó su “novela” *La peregrinación de Bayoán*.²

Hubo en ambos, sin embargo, una evolución, una maduración y, a veces, giros notables en su pensamiento que no siempre se han sopesado lo suficiente, al menos en cuanto al tema de este texto. Hay también, entre ellos, diferencias tan notables como coincidencias, en el significado, el contenido y la manera en que propusieron y defendieron su antillanismo. Del Apóstol cubano José Martí puede decirse —en muchísimos sentidos— que es “otro cantar.” **Sin raíces dominicanas o puertorriqueñas, su antillanismo no parece haber fluido tanto de experiencias familiares como de las luchas de Cuba y Puerto Rico por su independencia y de la inserción en ellas del resto de las Antillas Mayores.**

Este trabajo examina las ideas y actividades de los tres como parte de un proceso de construcción de identidades y de imaginarios de integración. Así, las ideas y proyectos de estas figuras — y de otros políticos e intelectuales de su época — no se asumen como preexistentes y aceptadas, sino que se examinan en el proceso mismo de su construcción. Propongo que los proyectos para una Confederación de las Antillas se articularon para viabilizar las independencias de Cuba y Puerto Rico y para defender las de Haití y la República Dominicana frente a todos los imperios. Casi todos los proyectos coincidieron también — estimulados por la gran rivalidad contra Estados Unidos en Francia y España — en la promoción del latinoamericanismo para intentar conseguir apoyo regional para sus luchas antillanistas, basada en la amenaza a todos de parte del “Coloso del Norte.”

Persiste, además, cierta tendencia a asumir el antillanismo y el latinoamericanismo, por ejemplo en Betances, Hostos y Martí, como expresiones de un solo ideario, además relativamente generalizado y aceptado en la época. Este texto identifica en ellos, sin embargo, imaginarios a menudo contradictorios y en muchos sentidos más precursores y excepcionales que reflejo de las ideas predominantes entonces. Tanto más en el caso del latinoamericanismo. A pesar de la noción que todavía prevalece, mientras que Betances y Hostos adoptaron la identidad latinoamericana —aunque de distinta manera—, Martí parece haber sido más “nuestroamericano” que latinoamericano y él y Hostos más americanistas que Betances.

² “Hostos: Las Antillas como escenario hasta 1876,” Mensaje principal (junto al Dr. Lowell Fiet) en los actos conmemorativos del 163er. aniversario del natalicio de Eugenio María de Hostos, UPR –Río Piedras, 11 de enero de 2002.

Betances y Hostos en la génesis y adopción del proyecto confederativo

Conviene distinguir entre la identidad y hasta la solidaridad antillana y el proyecto específico de una confederación antillana. Las primeras atraviesan todo el siglo XIX, mientras que el segundo parece haberse fraguado en el contexto de la convulsa década de 1860. Las influencias más inmediatas fueron, de una parte, los múltiples retrocesos y amenazas a la soberanía en el Gran Caribe: la ocupación francesa de México, la española de la República Dominicana y la renuncia a la autonomía por parte de la élite jamaiquina ante la rebelión de Morant Bay, por mencionar sólo los casos más notables. De otra parte, se destacan las luchas independentistas en Cuba y Puerto Rico, y el comienzo en la primera de la Guerra de los Diez Años (1868–1878).

Emilio Cordero Michel ha reclamado la “cuna del antillanismo” para Santo Domingo “en los días de lucha del pueblo dominicano contra España en el proceso restaurador y, posteriormente, en las jornadas nacionalistas de Luperón para evitar los intentos anexionistas de Buenaventura Báez a los Estados Unidos de América.”³ En su biografía de Betances, Félix Ojeda Reyes documenta esta importancia de Gregorio Luperón, general victorioso en la Guerra de la Restauración de la soberanía dominicana (1863–1865), y la de las luchas internas dominicanas y haitianas en la fragua del proyecto de la confederación.⁴ La documentación de Cordero Michel, sin embargo, refleja que el proyecto confederativo “quisqueyano” se limitó, al menos hasta 1865, a la unión la República Dominicana con Haití a partir del apoyo de la segunda a la restauración dominicana y para proteger la soberanía de ambas en el futuro.

Por otra parte, Ojeda Reyes reconoce también un origen “neoyorquino.” Se trata del estímulo a dicho proyecto del chileno Benjamín Vicuña Mackenna como “agente confidencial” en Estados Unidos —a partir de septiembre del año crítico de 1865— durante la guerra de su país contra España. Vicuña Mackenna publicó, desde diciembre de ese año, el periódico *La Voz de América* (“órgano político de las repúblicas hispano-americanas i de las Antillas españolas”) y apoyó a la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico.⁵

³“República Dominicana, cuna del antillanismo,” *Clio: Órgano de la Academia Dominicana de la Historia* 71, 165 (enero-junio de 2003): 225–236. Véase también su “El antillanismo de Luperón,” *ECOS* (Universidad Autónoma de Santo Domingo) I, no. 1 (1993): 45–66.

⁴*El Desterrado de París: Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances (1827–1898)*. (San Juan: Ediciones Puerto, 2001), capítulos 3 y 4.

⁵*Ibid.*, pp. 75–78. Véase Carlos M. Rama, “La misión confidencial chilena en Estados Unidos y los independentistas antillanos,” en *La independencia de las Antillas y Ramón E. Betances* (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña; 1980), pp. 47–62.

Significativamente, como documentó Thomas G. Mathews en un trabajo pionero y poco conocido, aun antes de la llegada de Vicuña, la Sociedad Democrática de los Amigos de América —antecesora de la Sociedad Republicana— formuló en marzo de 1865 una propuesta de que Cuba, Santo Domingo, y Puerto Rico formaran "una Confederación de estados independientes."⁶

No es que el ideal confederativo no tuviera antecedentes,⁷ sino que la coyuntura geopolítica de los ochocientos sesenta le dio vuelo. De ahí que los revolucionarios antillanos concibieran dicha federación, en palabras de Carlos M. Rama, como "un concreto plan de acción revolucionaria, a través del cual se pretende adicionar fuerzas locales menguadas en una unidad superior, capaz de terminar con el viejo imperialismo español, y detener el avance del nuevo que asoma por el norte."⁸ No es casual, entonces, que los exponentes más destacados y consistentes de dicha idea salieran del "eslabón más débil:" Puerto Rico.

Como tampoco es casual que Ramón Emeterio Betances —quien para entonces comenzaba a firmar también como "El Antillano"— y Segundo Ruiz Belvis publicaran en Nueva York, en septiembre de 1867, el manifiesto que bien puede haber sido, según Ramón de Armas, "la primera vez que un revolucionario antillano expresa[ba] públicamente la idea de confederación de nuestras islas."⁹ Firmado por el "Comité Revolucionario de Puerto Rico" y fechado 16 de julio de 1867, el mismo concluía:

Siempre vence quien sabe morir. Puertorriqueños: preparaos a ser los primeros, vuestro es el honor, vuestra será la gloria. Cuba os seguirá y os prestará ayuda. ¡Cubanos y puertorriqueños!, unid vuestros esfuerzos, trabajad de concierto, somos hermanos, somos uno en la desgracia; seamos uno también en la Revolución y en la Independencia de Cuba y Puerto Rico. Así podremos formar mañana la confederación de las Antillas. Viva Puerto Rico Libre. Viva Cuba. Muera España para siempre en América.¹⁰

⁶"Las colonias españolas de América y la República Dominicana," Nueva York, 15 de marzo de 1865, citado en "The Project for a Confederation of the Greater Antilles" (*Caribbean Historical Review*. 1954 Dec; (3-4): 70-101), reproducido en Thomas G. Mathews, *The Caribbean History, Politics, and Culture*, Compiled and Edited by Ketty Rodríguez (s.l.: [el autor], 1999), p. 24

⁷Mathews encontró (*Ibid.*, p. 19-20) el antecedente más antiguo en la propuesta en 1811 del cubano José Alvarez de Toledo al gobierno de EE. UU. para atajar una alegada iniciativa británica. ("Proyecto de Confederación Antillana ideada para independizar a Cuba, Santo Domingo, y Puerto Rico y presentado a Monroe, Secretaría de Estado, 1813" citado por Carlos M. Trelles y Govín, "Discurso leído en la recepción pública, Academia de la Historia de Cuba," 1926, p. 16)

⁸«La idea de la federación antillana en los independentistas puertorriqueños del siglo XIX," en *La independencia de las Antillas ...*, p. 66. Rama ya había publicado este texto como folleto, con el mismo título (Río Piedras: Ediciones Librería Internacional, 1971).

⁹«La idea de la unión antillana en algunos revolucionarios cubanos del siglo XIX," *Anales Del Caribe*, no. 4-5 (1984-1985): 141.

¹⁰Reproducido por José Pérez Moris, *Historia De La Insurrección De Lares* (Río Piedras, Puerto Rico: Editorial, EDIL, 1975), p. 297. Énfasis añadido.

En Betances, sin embargo, la decisión de luchar indistintamente por la independencia de Cuba y la de Puerto Rico antecedió por mucho la adopción de la idea de la confederación antillana. Según su testimonio, “**próximo a festejar el 24 de febrero de 1898, mis bodas de diamante con la Revolución,**” evocaba un juramento con un grupo de jóvenes cubanos en París, ante la noticia de la derrota de la expedición de Narciso López en 1851: “Trabajar hasta la muerte contra el despotismo español, en favor de la independencia de las Dos Antillas.”¹¹

Para Betances, por otra parte, las Antillas fueron escenario concreto y necesario de la guerra revolucionaria y —como propone Ojeda Reyes en coincidencia con Rama— el “**concepto confederativo [era] un recurso estratégico.**”¹² Lo encontramos desplazándose, entre 1867 y 1869, de Dominicana a Curazao, de ahí a Saint Thomas, de Saint Thomas a Venezuela y finalmente a Nueva York. En todos esos lugares buscó y acumuló recursos humanos y pertrechos; durante 1870 y 1871 se estableció en Haití, donde consiguió la base de operaciones cercana a los teatros cubano y puertorriqueño. Y así lo vemos incluir en todo momento a la primera república latinoamericana en su plan confederativo junto a **Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico e incorporar el resto de las Antillas, según Ojeda, “a medida en que madura y se amplía su pensamiento político.”**

A esa dimensión geopolítica tan presente en la concepción del discurso confederativo hay que añadir su profundo contenido republicano. Y cabe recordar también que el republicanismo constituyó el imaginario revolucionario del siglo XIX, de la misma manera que el socialismo atravesaría el XX. Así, en el reagrupamiento que siguió a la derrota del Grito de Lares en septiembre de 1868 —pero con alguna esperanza todavía en la revolución republicana en España—, Betances reiteraba en diciembre de 1869:

¡Viva la República! ¡Elijamos republicanos para fundarla!

Yo creo en la independencia futura, próxima de mi país. Ella sola, por acuerdo de las demás Antillas es capaz de salvarnos del *minotauro americano*. Pero si no ha llegado aún el día, esperamos y entendámonos con España; si no ha llegado aún el día, yo creo en la libertad y en la república; creo en ellas, para mi patria, donde abundan los hombres de inteligencia y los hombres de bien; creo en la igualdad de nuestros derechos, con los de todos los pueblos civilizados. “Los grandes no son grandes sino porque estamos de rodillas. Levantémonos.” “Creo en nuestro porvenir y en él reservo, como lo he practicado en el pasado, mi amor eterno e inalterable para la libertad de todos; mi veneración para las virtudes republicanas ...”¹³

¹¹“Recuerdos de un revolucionario (1898),” *La Revue Diplomatique*, en: *Las Antillas para los antillanos*, 2da. ed. Prólogo, selección, traducciones y notas por Carlos M. Rama. (San Juan, Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2001), pp. 150–152.

¹²Ojeda Reyes, p. 193.

¹³“A LOS PUERTORRIQUEÑOS,” 7 de diciembre de 1868, en: *Betances*, Editor Luis Bonafoix (San Juan Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña,

Memorias, Año 4, Nº 8. Uninorte. Barranquilla. Colombia

Noviembre, 2007. ISNN 1784-8886

De ahí su convicción, intensificada además durante el año que pasó en Nueva York, de que casi tan preocupante como las maniobras anexionistas estadounidenses era el apoyo al anexionismo dentro de las sociedades antillanas y entre sus revolucionarios en el exilio. El contexto concreto de las luchas internas dominicanas y haitianas, y la importancia de que prevalecieran en ambas los republicanos antianexionistas, se reflejan en un texto del mismo año:

¡Qué espectáculo tan bello ofrecerán en breve al mundo americano las repúblicas de Cuba y Puerto Rico, Santo Domingo y Haití, formando tres nacionalidades distintas, hermanadas por los vínculos de la democracia y de la propia conservación y comprendidas en una sola comunión política bajo el hermoso nombre de “Federación de las Antillas”...!¹⁴

Betances viajó precisamente a Haití, en febrero de 1870, con credenciales de "agente interino" de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico,¹⁵ fundada en febrero de 1869, ante el gobierno de Jean-Nicolas Nissage-Saget. Casi de llegada, pronunció su famoso —y mal traducido— discurso ante la Gran Logia Soberana de Puerto Príncipe, en el cual combinó republicanismo y antianexionismo con particular emotividad:

Entonces, mis hermanos, hemos estado unidos en el pasado de una manera tal que yo no puedo hacer una descripción de Cuba, sin encontrarla consignada en los anales de la historia de Haití. Ya no es posible separar nuestro presente. Lo repito; de un extremo a otro de las Antillas Mayores, se discute un mismo problema; es el problema del futuro de las Antillas. ¿Quién será tan ciego que no lo pueda ver? ... Las Antillas atraviesan hoy por el momento más peligroso que se les ha presentado y que jamás se les podría presentar, porque se trata para ellas la cuestión de ser o no ser. Unámonos. Ahora o nunca es el momento de proclamar cristiana y masónicamente: “Unámonos los unos con los otros”; porque separados nos aplastarán como pígueos; unidos, formaremos un haz de fuerza que se impondrá sobre nuestros enemigos y que es lo único capaz de salvarnos. Será así en vano que un mandatario impío quiera, en Santo Domingo, traficar con el país, y sacrificar a sus conciudadanos; será así en vano que España quiera aplastar la insurrección, vendiendo a Cuba a Estados Unidos e iniciando así a la absorción de todas las Antillas por la raza angloamericana. Unámonos. Amémonos. Formemos todos un sólo pueblo, un pueblo de verdaderos masones, y entonces podremos levantar un templo sobre bases tan sólidas que todas las fuerzas de la raza sajona y de la española, reunidas, nunca podrían sacudirlo. Lo dedicaremos a la Independencia, y en su frontispicio grabaremos esta inscripción, imperecedera como la Patria, que nos dictan a la vez nuestro interés y nuestro corazón, la más generosa inteligencia y el más egoísta instinto de conservación: “Las Antillas para los hijos de las Antillas.”¹⁶

¹⁴ 1970), pp. 22–26, citas de las pp. 22 y 24. Énfasis y comillas en el original, negritas añadidas.

¹⁵ “Santo Domingo,” *La Revolución: Cuba y Puerto Rico –Nueva York*, 23 de octubre de 1869, en: *Cuba en Betances*, Editor Emilio Godínez Sosa (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985), pp. 91–94, cita en p. 94.

¹⁶ Ojeda Reyes, p. 176.

¹⁶ “Las Antillas Para Los Antillanos,” A.L.G.D.P.A.D.L.U. (*Discurso Ante La Gran Logia Soberana De Puerto Príncipe*), ¡abril? de 1870, en: *Betances*, Ed.

Memorias, Año 4, Nº 8. Uninorte. Barranquilla. Colombia

Noviembre, 2007. ISNN 1784-8886

Bayoán, las Antillas “españolas” y la confederación

Para Hostos, las Antillas siguieron siendo un escenario abstracto que no volvería a pisar, después de su regreso a España en 1863, hasta su encuentro con Betances y el general Gregorio Luperón en la República Dominicana, hacia fines de este primer ciclo, en 1875. La evolución de su pensamiento tiene un eje fundamental entre *Bayoán* (1863) y la Liga de los Independientes (1876). Pero las Antillas eran todavía desconocidas para Hostos, por lo cual ese “ser antillano” resultaba todavía idealizado. Años después, en el conocido “Prólogo de la segunda edición,” Hostos subrayaría la afirmación de identidad puertorriqueña y antillana en la obra.

Mucho se ha escrito sobre la ausencia de una postura “independentista” en Hostos hasta 1868. Al respecto cabe subrayar algo que no he visto mucho en la literatura para explicar, también, la evolución de su idea de la confederación antillana: su republicanismo.

Esta combinación de ideales hostosianos se expresó con particular claridad en su famoso discurso en el Ateneo de Madrid en diciembre de 1868, considerado por muchos su rompimiento público con los liberales españoles. En un pasaje poco citado, define la federación como la “república absoluta” y la “alianza libérrima de todas las parcialidades nacionales.”¹⁷ Pero el pasaje más conocido es el que mejor sintetiza esto con sus identidades e ideales:

... Yo soy americano: yo tengo la honra de ser puertorriqueño y tengo que ser federalista. Colono, producto del despotismo colonial... me vengué de él imaginando una forma definitiva de libertad y concebí una confederación de ideas, ya que me era imposible una confederación política. Porque soy americano, porque soy colono, porque soy puertorriqueño, por eso soy federalista. Desde mi isla veo a Santo Domingo, veo a Cuba, veo a Jamaica, y pienso en la confederación: miro hacia el norte y palpo la confederación, *recorro el semicírculo de islas que ligan y ‘federan’ geográficamente a Puerto Rico con la América latina*, y me profetizo una confederación providencial.¹⁸

No se trata, entonces, de que Hostos asumiera el proyecto confederativo sólo después de viajar a Nueva York, en octubre de 1869, para integrarse directamente a la lucha por la independencia de Cuba y Puerto Rico. El enjambre de ideas e identidades que este pasaje prefigura atravesaría todo el pensamiento y la acción hostosianos durante los años

¹⁷Luis Bonafoux, pp. 110-116, cita de las pp. 114-116. Mi traducción; énfasis añadidos.

¹⁸“¿Cuál de las dos formas de gobierno, monarquía o república, realiza mejor el ideal del derecho?,” Discurso y rectificación en ... el Ateneo de Madrid, 20 de diciembre de 1868, *Obras Completas*, 20 vols. (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969 –Edición facsimilar de la publicada en La Habana por Cultural S.A. en 1939), Vol. I., p. 100. En adelante, *Obras Completas*, seguidas de tomo y página(s).

¹⁸*Ibid.*, pp. 97-98. Énfasis añadido.

siguientes. Puertorriqueñismo, antillanismo, latinoamericanismo, americanismo se irían definiendo y redefiniendo según Hostos se fuera desplazando por diversos escenarios, escenarios que no eran meramente físicos, “geográficos” en el sentido más estrecho del término, sino escenarios del drama ideológico que atravesaba la revolución antillana, escenarios geopolíticos.

Antillanismo y latinoamericanismo en Betances y Hostos hasta 1876

Así, aunque el antillanismo tuvo múltiples orígenes —en uno de los cuales Santo Domingo y Haití tuvieron un papel destacadísimo— Betances y Hostos ocuparon roles de más alcance en el complejo proceso de la formulación y adopción del proyecto confederativo. Como veremos, el esquema confederativo de Hostos —contrario al de Betances, que siempre incluyó a Haití— sufrió múltiples evoluciones: se originó con sólo Cuba y Puerto Rico y al final del período terminó añadiendo nada más que a la República Dominicana, es decir, las Antillas hispanohablantes. Así, a pesar de una fundamental coincidencia republicana, antianexionista y geopolítica, Hostos y Betances adoptarían antillanismos y geopolíticas afines, pero distintos.

Entre el discurso en el Ateneo de Madrid y su paso por París de camino a Nueva York, en septiembre de 1869, Hostos se plantó en una geopolítica antillanista y americanista, con débiles ribetes latinoamericanistas. Entonces prefiguró lo que articularía —a mitad de su estadía neoyorquina en 1870— como definición geopolítica:

Pienso que es necesario que América complete la civilización, sirviendo a estas dos ideas: unidad de la libertad por la federación de las naciones; unidad de las razas por la fusión de todas ellas. A este trabajo han de concurrir todos los miembros del Continente; tierra firme e islas: la tierra firme ha entrado en fusión ... fuera de la esfera de acción americana, intentando entrar en ella, las Antillas: ¿qué son las Antillas? El lazo, el medio de unión entre la fusión de tipos y de ideas europeas de Norte América y la fusión de razas y caracteres dispares que penosamente realiza Colombia (la América Latina): medio geográfico natural entre una y otra parte del Continente, elaborador también de una fusión trascendental de razas, las Antillas son, políticamente, el fiel de la balanza, el verdadero lazo federal de la gigantesca federación del porvenir; social, *humanamente*, el centro natural de las fusiones, el crisol definitivo de las razas.¹⁹

Naturalmente, no se puede ser al mismo tiempo el fiel de la balanza y uno de sus brazos. Pero el pensamiento de Hostos continuaría —al menos durante ese período— atravesado por esta paradoja: “América” sería unas veces la del Norte y otras el hemisferio, “el continente” sería el hemisferio y también su parte sur, las Antillas serían parte de la

¹⁹Diario, 28 de marzo de 1870, *Obras Completas*, I, pp. 284-285. Énfasis en el original; negritas añadidas.

América Latina a la vez que fiel de la balanza. Pero esas contradicciones son en gran medida aparentes. Propongo que Hostos inició desde ese texto una distinción entre el rol “político” del fiel de la balanza, y el rol “social,” “humano” —que hoy llamaríamos cultural— de la fusión de razas. Para explorar esta hipótesis, examino a continuación la evolución y contenido de su latinoamericanismo, su concepto de raza y su americanismo.

Hostos no adoptó el latinoamericanismo —según han sugerido algunos— como resultado de su periplo por la América del Sur, sino al comienzo mismo de su entrada al escenario suramericano. Y lo haría como parte de una estrategia geopolítica de apoyo a la independencia de Cuba y Puerto Rico y al proyecto de la confederación antillana. Hostos elaboró dicho pensamiento en un texto —titulado “En el Istmo” e inédito hasta 1939— escrito en Panamá en 1870, mientras esperaba el transporte para trasladarse al Perú.²⁰ Así, la propuesta de que la América Latina debería apoyar la independencia de Cuba y Puerto Rico por su propio interés geopolítico se convirtió en una constante de su predica durante todo el periplo, de 1870 a 1874.

En el transcurso de sus dos últimos años de actividad revolucionaria, hasta 1876, Hostos destilaría de esa experiencia una correlación más madura entre antillanismo, latinoamericanismo y americanismo, plasmada en el “Programa” de la Liga de los Independientes, publicado en Nueva York entre octubre y noviembre de 1876. Todavía al final de este “ciclo revolucionario antillano” durante el cual maduró la mayor parte de sus ideas sobre estos temas, y de llegada a fines de año a Caracas, donde su vida comenzaría otra época claramente delimitable, Hostos reiteraba el origen y contenido geopolítico de su latinoamericanismo:

Horizonte más extenso todavía, el designio culminante de Bolívar —la unión latinoamericana —, tiene una forma accesible en nuestro tiempo. Esta forma es la liga diplomática de todos los gobiernos de esta América, en una personalidad internacional. Por falta de esa personalidad carece de fuerza ante el mundo nuestra América latina. ... De todos los obstáculos que dificultan la institución de esa personalidad internacional, la falta de un interés común es la mayor. Ni gobiernos, ni pueblos, nadie hay en los pueblos latinoamericanos que no sepa, que no presienta que es interés común de todos ellos la independencia de las Antillas.²¹ ...

Mientras tanto, Betances se había enfrascado en los comienzos de lo que podemos denominar “antillanismo organizado” al fundar una “Liga de las Antillas ... en París, a fines de 1873 o principios de 1874, conjuntamente con otros antillanos y latinoamericanos ‘fieles

²⁰Obras Completas, VI (MI VIAJE AL SUR), pp. 59-86.

²¹“Lo que intentó Bolívar,” La Opinión Nacional –21 de diciembre de 1876, Obras Completas, XIV (HOMBRES E IDEAS), pp. 322-323. Énfasis añadido.
Memorias, Año 4, Nº 8. Uninorte. Barranquilla. Colombia
Noviembre, 2007. ISNN 1784-8886

a la revolución de las Antillas' ... y el propio general Gregorio Luperón, 'teniendo ésta por objetivo la independencia, la libertad, y la confederación de las Antillas'.”²² Hacia 1876, Betances reiteraba también la geopolítica latinoamericana, al referirse sin embargo —equivocada y significativamente—, a los países “sudamericanos.” De regreso en Francia, escribió sobre “el derecho natural que defiende Cuba desde hace casi ocho años contra España impotente. Este es el derecho que los gobiernos *sudamericanos* —Perú, Chile, Ecuador, Guatemala, Costa Rica, etcétera— han reconocido al soldado independiente de las Antillas españolas.” Replanteaba, igualmente, el imaginario del “equilibrio americano” al proponer que “Con las otras Antillas, esta isla aparenta estar destinada, por la independencia, a convertirse en la llave del golfo americano y, por su posición, a servir de *columna de balanza de las dos Américas.*”²³

*El latinoamericanismo como categoría cultural*²⁴

Aunque ese imaginario geopolítico puede considerarse precursor del latinoamericanismo terciermundista contemporáneo —y hasta sugiere por qué no prosperó entonces— todo el discurso de Hostos se ve atravesado por el tratamiento del latinoamericanismo como una categoría cultural.²⁵ Nótese, por ejemplo, que el temprano texto de 1870 dispone claramente esa distinción entre lo político y lo cultural: “unidad de la libertad por la federación de las naciones; unidad de las razas por la fusión de todas ellas.”²⁶

En su correspondencia con la Junta Central Republicana, de camino al Perú, Hostos hilvanó su propuesta geopolítica con la proclamación de “la confederación de todas las Antillas y, como fin por venir, la liga de la raza latina en el nuevo continente y en el archipiélago del Mar Caribe.”²⁷ Como ya he señalado, sin embargo, es en el texto “En el Istmo” donde se presentan y elaboran todas las dimensiones de los pensamientos que he estado analizando, en este caso que la afinidad cultural y el interés común latinoamericanos entre las Antillas y “el continente” coincidían en la conveniencia de que aquellas cumplieran la función de fiel de la balanza.

²²“República Dominicana, IV,” en *La Independencia*, Nueva York, 1 de junio de 1876, p. 2, col. 4, citado por Ramón de Armas, “La idea de la unión antillana en algunos revolucionarios cubanos del siglo XIX,” *Anales Del Caribe*, no. 4-5 (1984-1985): 155, quien agradece la referencia a Emilio Godínez. Énfasis en el original.

²³“Nota del Traductor” a *Question Cubaine. L'Esclavage Et La Traite a Cuba* . (Folleto publicado en París: Tolmer e Isidor Joseph, 1876), en: *Las Antillas Para Los Antillanos*, Ed. por Carlos M. Rama, pp. 79-94, citas en las pp. 79 y 83. Énfasis añadidos.

²⁴Esta sección y la próxima resumen lo presentado en “Encuentros y desencuentros entre antillanismo y latinoamericanismo en Betances, Hostos y Martí,” *Exégesis* (Revista de la UPR –Humacao) 17, 48-50 (2004): pp. 66-68.

²⁵Así lo reconoce Paul Estrade (“Observaciones a don Manuel Alvar y demás académicos sobre el uso legítimo del concepto ‘América Latina,’” *RÁPIDA*, Huelva (España): Diputación Provincial de Huelva; 1994 (No. 13): 79-82; véase p. 80) y lo atribuye a los forjadores del término.

²⁶Véase *supra*, nota 18.

²⁷Carta a J.M. Mestre, 7 de noviembre de 1870, *Obras Completas –Edición Crítica*, Vol. III: *Epistolario*, Tomo I: (1865-1878), Ed. Julio César López (Río Piedras: Instituto de Estudios Hostosianos y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000), p. 65.

Fue en este contexto cultural que se produjo el presunto abandono del nombre de Colombia al que tanta importancia atribuirían en nuestro tiempo Arturo Ardaa y Paul Estrade,²⁸ cuando se refirieron a una nota al título del texto "La América latina" de 1874.²⁹ Unos cuatro años antes, Hostos había publicado su "Ayacucho" donde proclamaba: "Entonces el continente se llamará *Colombia*, en vez de no saber cómo llamarse ..."³⁰ Llama la atención, sin embargo, el tono culturalista de la tan citada nota y la evidente exclusión del Brasil de la "Colombia" de "Ayacucho" en un pliego que se haría cada vez más transparente. Como destacaron múltiples estudiosos y comentaristas de Hostos hasta mediados del pasado siglo, la "América latina" de Hostos (nótese, además, su uso persistente de "latina" como adjetivo, no como nombre) era en realidad Hispanoamérica.³¹

El Programa de los Independientes y el concepto de "raza"

Ahora bien, si en su texto "En el Istmo" Hostos elaboró todas las dimensiones de estas ideas, en el "Programa" de la Liga de los Independientes — publicado en Nueva York entre octubre y noviembre de 1876— destilaría de su etapa revolucionaria una correlación entre antillanismo, latinoamericanismo y americanismo más madura, y mucho más compleja. Este incluía un novedoso, todavía lo es hoy, "Principio de unidad, paz y nacionalidad en las Antillas" en el cual proponía que "La nacionalidad no se establece cuando se quiere, ni como se quiere. Se establece cuando conviene, si se puede." Y elaboraba:

En las Antillas*, la nacionalidad es un principio de organización en la naturaleza; porque completa una fuerza espontánea de la civilización; porque sólo en un pacto de razón puede fundarse, y porque coadyuva a uno de los fines positivos de las sociedades antillanas, y al fin histórico de la raza latinoamericana.

El principio de organización natural a que convendrá la nacionalidad en las Antillas, es el principio de unidad en la variedad. La fuerza espontánea de civilización que completará, es la paz. El pacto de razón en que exclusivamente puede fundarse, es la confederación. El fin positivo al que coadyuvará, es el progreso comercial de las tres islas. *El fin histórico de raza que contribuirá a realizar, es la unión moral e intelectual de la raza latina en el Nuevo Continente.*³²

²⁸En 1980, Arturo Ardaa argumentó: "En el primer lustro de la década del [18]70, se cerró al fin la que cabe considerar primera y decisiva etapa en el proceso de creación, propagación y admisión del nombre América Latina. Con toda autoridad, Eugenio María de Hostos dictó entonces, seguramente sin sospecharlo, una sentencia histórica." En: *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas: CELARG, 1980), p. 92.

Doce años más tarde, Paul Estrade aludiría al mismo texto con motivo de su rechazo a la recomendación de la Real Academia de la Lengua Española de que se abandonaran "las voces ajenas y equívocas de *Latinoamérica* y *latinoamericano*." ("Observaciones a don Manuel Alvar y demás académicos ...," *passim*).

²⁹(Ier. acápite de) "Tres Presidentes y tres Repúblicas," 1874? (P. Estrade), *Obras Completas*, VII (TEMAS SUDAMERICANOS), pp. 7-15.

³⁰*El Nacional* –Lima – 9 de diciembre de 1870 (VI, 1689). *Obras Completas*, XIV (HOMBRES E IDEAS), pp. 276-284, cita en la 284.

³¹Véase, por ejemplo: *Hostos, Hispanoamericano*, Editor Eugenio Carlos de Hostos. (Madrid: Imprenta Juan Bravo, 1951).

³²"Programa [de la Liga] de los Independientes," *La Voz de la Patria* –13 de octubre al 24 de noviembre de 1876, *Obras Completas*, II (DIARIO II), pp. 250 y 253. Énfasis añadido.

*(Nota de Hostos): "Las Antillas a que nos referimos son: Puerto Rico, Santo Domingo, y Cuba. Por el camino que ellas tomen, irán tarde o temprano las demás. Pero aun es temprano para señalar a todas ellas su camino." en *Ibid.*, p. 253.

Evidentemente, el “Programa de los Independientes” consolidó la visión culturalista a la que su experiencia suramericana le había resignado. Nótese que los “Estatutos de la Liga de los Independientes” incluyeron como tercer “fin:” “La sustitución de la confraternidad sentimental que hoy aproxima tibiamente a la sociedad latinoamericana de las Antillas y del Continente, con la fraternidad de intereses materiales, intelectuales y morales, idénticas en origen y en tendencias.”³³

Al mismo tiempo, este texto reitera la función política del Archipiélago de las Antillas, llamándole “centro del mundo civilizado, camino del comercio universal, objetivo de la industria de ambos mundos, fiel de una balanza que ha de pesar algún día los destinos de la civilización cosmopolita.”³⁴

Finalmente, el “Programa de los Independientes” revela una mayor complejidad —y me atrevo a decir incomodidad— en el manejo del concepto de raza. Tal vez este uso de “raza” en un sentido cultural haya sido una manera en la que Hostos —y sus contemporáneos y herederos— evadieran el explosivo problema del racismo en América Latina y el Caribe. En este texto se observa un tratamiento mixto y contradictorio del concepto. Por una parte, identifica la “verdadera raza de las Antillas” como una fusión afro-latino-americana. Sugiere, por lo tanto, las virtudes de la integración racial y el mestizaje en las Antillas de un modo que coincide con el tratamiento del tema en Martí y antecede a la “raza cósmica” de Vasconcelos. Por otra parte, la referencia a “raza de color,” “raza blanca” y a “subrazas” reproduce el discurso racialista que se consolidaba en Europa y Estados Unidos. Adicionalmente, la precisión de las “aportaciones” europeas contrasta con la vaga referencia a las “virtudes” africanas.³⁵

El americanismo internacionalista de Hostos y Martí

No es casual, entonces, que José Martí, demostrando tener noticias desde mucho antes, pero en su primer reconocimiento público de coincidencia con Hostos, escribiera a fines de 1876: “Eugenio María Hostos es una hermosa inteligencia puertorriqueña cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje, en las cortes españolas, y cuya dicción sólida y profunda anima hoy los periódicos de Cuba Libre y Sur América que se publican en Nueva York.” Exaltó el *Programa de los Independientes* con sugerencias de que tal vez no todos lo recibieron tan bien:

³³ *Ibid.*, p. 228. Énfasis añadido.

³⁴ *Ibid.*, p. 257. Énfasis añadido.

³⁵ *Ibid.*, pp. 250-251.

Hostos, imaginativo porque es americano, templa los fuegos ardientes de su fantasía de isleño en el estudio de las más hondas cuestiones de principios, por él habladas con el matemático idioma alemán, más claro que otro alguno, oscuro sólo para los que no son capaces de entenderlo.

Ahora publica el orador de Puerto Rico, que ha hecho en los Estados Unidos causa común con los independientes cubanos, un catecismo de democracia, que a los de Cuba y su isla propia dedica, en el que de ejemplos históricos aducidos hábilmente, deduce reglas de república que en su lenguaje y esencia nos traen recuerdos de la gran propaganda de la escuela de Tiberghien y de la Universidad de Heidelberg.³⁶

Al hacerlo, Martí entraba —por primera vez (al menos documentadamente)— en el escenario del antillanismo.

Muchos de los textos citados demuestran que el latinoamericanismo de Hostos y muchos de sus correligionarios estaba inscrito en un imaginario internacionalista o “cosmopolita,” como él lo llamaba. Ahora bien, su cosmopolitismo estaba atravesado por un doble dualismo: uno entre el Viejo y el Nuevo Mundo, plasmado en su visión sobre el papel del hemisferio americano, y otro entre Estados Unidos y América Latina. Aún antes de salir de Europa, consignó en su diario

Siempre creo en la realización del porvenir racional de la América, es decir, en la dilatación del progreso mediante la unificación de la raza. Pero dos razas igualmente fuertes, igualmente representantes del espíritu humano, como las que pueblan ambas partes del bello continente, están llamadas a resolver el problema por medio de fuerzas especiales, del carácter particular de las ideas, de los medios, de la educación, de la vocación, de los fines etnológicos, históricos y geográficos de cada una.³⁷

Meses antes, y con motivo de sus gestiones conspirativas en Venezuela, Betances escribió desde Caracas, reveladoramente mezclando identidades como Hostos entonces, y en un uso temprano de “nuestra América.”

Art. 60. Son venezolanos..... los nacidos o que nazcan en cualquiera de las repúblicas hispano-americanas o en las Antillas españolas, etcétera [Énfasis en el original].

Art. 119. El Ejecutivo nacional tratará con los gobiernos de América sobre pactos de alianza o de confederación. “**Una es la patria de todos los americanos,**” decía Bolívar, y sin duda a ese pensamiento grandioso responden los artículos 60. y 119 de la Constitución de los Estados Unidos de Venezuela, fecundos, como ha dicho ya un orador, pero que están lejos

³⁶“Catecismo Democrático,” *El Federalista* (Méjico), 5 de diciembre de 1876, *Obras Completas*, 2da. ed. (La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1975), T. 8, p. 53. En adelante, *Obras Completas*, seguidas de tomo y página(s). Véase también: *Obras Completas –Edición Crítica*, Tomo 2: 1875-76 (Méjico) (La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2000), p. 289. En adelante, *Edición crítica*, seguidas de tomo y página(s).

³⁷Díario –25 de septiembre de 1869, *Obras Completas –Edición Crítica*, Vol. I: *Diario*, Tomo I: (1866-1869), pp. 234-40., Ed. Julio César López (San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989), p. 234.

de haber dado los frutos que de ellos han de nacer. Uno de los primeros, que debió ser el complemento de las victorias, será sin duda la independencia de Cuba y Puerto Rico que, —después de haber conquistado Colombia sus libertades, han sido el arsenal en que se han armado todas las expediciones contra los pueblos de América ... [sigue lista]

Bolívar, que veía en el porvenir, mirando con tristeza las Antillas, le escribía a un amigo: “*Las islas de Puerto Rico y Cuba son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto con los independientes. Mas, ¿no son americanos esos insulares? ¿no son vejados? ¿no desearán su bienestar?*”

A sus soldados les decía:

“Para nosotros la patria es la América ...”

Justo es que, recogiendo nosotros mismos en nuestra América la semilla preciosa, la sembremos con nuestras manos y la reguemos con nuestra sangre y si los españoles son siempre los mismos, para que *crezca libre y fecunda* basta que los americanos de hoy sean los mismos que los americanos de la independencia de Colombia.³⁸

Ya en Nueva York —y en el texto de 1870 citado al principio— Hostos decía: “es necesario que América complete la civilización.” Revelaba entonces el otro dualismo al hablar de “la fusión de tipos y de ideas europeas de Norte América y la fusión de razas y caracteres dispares que penosamente realiza Colombia (la América Latina).”³⁹ Los europeos tenían, entonces, “tipos e ideas,” mientras que el resto sólo aportaría “razas y caracteres dispares.”

A fines de ese año, nuevamente el texto “En el Istmo” devela esa compleja dialéctica entre latinoamericanismo y americanismo;

Ese mar Pacífico, que un día será el mar de la paz, si las civilizaciones contradictorias se unifican y de ellas sale la civilización del trabajo y la libertad, inspira yo no sé qué reconocimiento, científico y patriótico a la vez. La fe científica anuncia un nuevo mundo moral e intelectual. La fe patriótica anuncia *una patria latinoamericana* que, agregando a la potencia política de los angloamericanos la potencia difusiva, imaginativa y heroica de nuestra raza, ponga en *la nueva civilización completamente americana* el elemento ético y estético que ha faltado hasta ahora a las civilizaciones humanas.⁴⁰

El porvenir racional de la América es, entonces, “la civilización del trabajo y la libertad.” Pero a ella aportarían los angloamericanos su “potencia política” mientras que el resto pondría “la potencia difusiva, imaginativa y heroica.”

³⁸“A los Patriotas Americanos: Cuba y Puerto Rico –Caracas, 23 de marzo de 1869.” *La Revolución: Cuba y Puerto Rico*, Nueva York, 5 de mayo de 1869, en: *Cuba En Bateyes*, Editor Emilio Godínez Sosa, pp. 47–50, citas de las pp. 47–48 y 50. Énfasis en el original; negritas añadidas.

³⁹Véase *supra*, nota 18.

⁴⁰“En el Istmo,” pp. 63–64. Énfasis añadidos. En las próximas citas, sólo pongo el número de página(s) (entre paréntesis).

Con toda y la previsión geopolítica contra el expansionismo estadounidense que hemos examinado antes y se reitera, este dualismo conlleva una idealización de Estados Unidos que no terminaría del todo hasta la Guerra del 98. Así, Hostos (se) aclara su posición:

Los pobres pensadores y los menguados anexionistas a quienes ha sido denigrante deber mío combatir, me han atribuido *rencores que yo no puedo tener a los anglosajones de América*. Es lo contrario, admiración hacia ellos y devoción científica por el ideal político que ellos han empezado a realizar, lo que ... me ha hecho tan implacable enemigo de las anexiones y tan áspero opositor de *las ambiciones territoriales de los angloamericanos*. (p. 80 –Énfasis añadido.)

Este americanismo dualista, como cuestión de hecho, justifica además el papel geopolítico que atribuyó Hostos, ya no sólo a las Antillas (como en la clásica cita del *Diario*), sino a “**toda la parte del Estado de Panamá que corresponde al Istmo, las cinco repúblicas centrales y las tres grandes Antillas, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico ...**” y que yo llamo “Caribe geopolítico”⁴¹.

Entonces, el Archipiélago y este pedazo de tierra que une los dos continentes del Nuevo Mundo, ... tendrían en la ponderación de las masas y las fuerzas continentales la influencia a que las ha destinado la naturaleza. Sueño, largo sueño ... porque sólo con él alborearía *la unión internacional de los dos continentes que forjan en los moldes de una nueva civilización el alma de una nueva humanidad.*” (pp. 83-84 –Énfasis añadido.)

Al final de su periplo por la América del Sur, y como ya señalé, su experiencia había resignado a Hostos a “**la confraternidad sentimental que hoy aproxima tibiamente a la sociedad latinoamericana de las Antillas y del Continente.**” Hay múltiples referencias de su desilusión por reseñar, pero esta no modificaría sino que consolidaría ese americanismo dualista. El 10 de octubre de 1872, por ejemplo, un discurso en Santiago de Chile ya mostraba los signos de la desilusión y de reiterado americanismo:

... porque Cuba no puede sucumbir; porque Cuba, amparada o desamparada vencerá, es necesario que venza, la justicia quiere que venza a España.

... la dignidad de Cuba, que es la dignidad de las Antillas, que es la dignidad de toda América, la dignidad de todo el mundo.

El mundo descubierto por Colón fue descubierto para dar mansión a la dignidad, a la paz, a la libertad, a la igualdad, a la fraternidad hostilizadas y perseguidas en el mundo viejo, y *América no puede ser tranquila mansión de esas ideas hasta que las Antillas sean independientes, hasta que América sea de América y no dependan sino de americanos el progreso y el porvenir americanos.*

⁴¹Véase “La invención del Caribe a partir de 1898,” en *Tan lejos de Dios ... Ensayos sobre las relaciones del Caribe con Estados Unidos*. (San Juan: Ediciones Callejón, 2006), pp. 29-58.

Y cuando pienso que esos dolores, que esas persecuciones, que esos lamentos, que ese martirio, que esa soledad, que ese abandono los sufre Cuba por completar a América, por devolver a América la parte del continente que nos roba Europa ...; cuando pienso que toda América necesita ese tránsito, ese camino, ese centro geográfico de la civilización, y veo la ingratitud ...

*¡Ah! ¡Cuba madre de las ideas redentoras de América!*⁴²

Martí, (*hispano*) americanista

Como hemos visto, este compromiso con Cuba —que no disminuiría con la desilusión— llamó la atención de Martí; este era el Hostos del que tenía noticias. Pero Martí siguió, no sólo una ruta geográfica distinta a Betances y a Hostos, sino que recorrió una ruta intelectual en cierto sentido inversa. Si los próceres puertorriqueños se movieron del antillanismo al (latino)americanismo, el Apóstol cubano viajó del hispanoamericanismo al (nuestra)americanismo y de este al antillanismo.

Luego de su primera deportación a España, Martí comenzó a vivir experiencias comparables, por no decir similares, en un periplo de varios años por México, Guatemala, Venezuela y finalmente Nueva York. Hasta el regreso de Martí a las Antillas, como cuestión de hecho, España, Venezuela y Nueva York serían las únicas geografías compartidas por los tres y la última muy desigualmente. En ese recorrido, encontramos al Apóstol en una posición parecida a la de Hostos, pero algo más hispanoamericanista y nuestramericanaista desde sus comienzos.

Como Hostos y otros de sus contemporáneos, Martí estaba inscrito en un imaginario internacionalista. Como Hostos, su pensamiento estuvo atravesado por la ambigüedad: “América” será a veces el hemisferio e Hispanoamérica, “el continente” será hemisferio y la parte sur, las Antillas serán parte de la América Latina y fiel de la balanza. Desde temprano en su vida (tenía veinticuatro años recién cumplidos) y en su estadía en Guatemala, sin embargo, articuló una visión notablemente diferente, comentando “Los códigos nuevos” que recién aprobada ese país:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nunca rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la ingerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia. Es una verdad extraordinaria el gran espíritu universal tiene una faz

⁴²La América Ilustrada, Nueva York, 30 de noviembre de 1872, en: Hostos y Cuba, Recopilación de Emilio Roig de Leuchsenring (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974), pp. 175–178, citas en pp. 176–178. Énfasis añadidos. Según el manuscrito de las Obras Completas –Edición Crítica, en el Instituto de Estudios Hostosianos, este discurso –con variaciones menores en los pasajes citados– se publicó en La Patria [Valparaíso], el 10 de octubre de 1872.

particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original, fiera y artística.

Toda obra nuestra, *de nuestra América robusta*, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!⁴³

Bien dice Pedro Pablo Rodríguez que Martí, por tanto, “se movió conscientemente a partir de este artículo en una óptica bien diferente, cuya hondura de análisis puede desglosarse en los elementos siguientes:

- Los pueblos aborígenes constituyan una civilización original y autóctona, previamente a la llegada de los españoles.
- La civilización europea, de hecho, tuvo un comportamiento bárbaro por su carácter devastador, al interrumpir aquella civilización americana.
- Mediante un proceso antagónico se ha creado un pueblo nuevo, diferente al aborigen y al español.
- Lo característico de ese pueblo nuevo es su mestizaje ‘en la forma’, es decir, en lo cultural más que en lo biológico.
- La civilización americana original gozó de una libertad que ahora el pueblo nuevo reconquista para desenvolver y restaurar, precisamente, esa alma propia o civilización original.”⁴⁴

Es decir, que —como Hostos— Martí adoptó una definición de “raza” como mestizaje cultural.

Hay que llamar la atención de que “Los códigos nuevos” cierra también con el optimismo que entonces le invadía: “¡Al fin la independencia ha tenido una forma! ¡Al fin el espíritu nuevo se ha encarnado en la Ley! ¡Al fin se es lo que se quería ser! ¡Al fin se es americano en América, vive republicanamente la República, y tras cincuenta años de barrer ruinas, se echan sobre ellas los cimientos de una nacionalidad viva y gloriosa.”⁴⁵ Así, si bien hablaba de “nuestra América robusta,” se inscribía en un “gran espíritu universal” de signo republicano y masónico, se refería a una “civilización americana” y a ser “americano en América” sin distinción entre partes del hemisferio. No en balde se refirió Emilio Roig de

⁴³El Progreso, Guatemala, 22 de abril de 1877, *Obras Completas*, T. 7, p. 98. Énfasis añadidos. Véase también *Edición crítica*, t. 5, p. 89. El mismo día en que completó el artículo, le escribió reveladoramente al Ministro de Relaciones Exteriores, quien le había pedido el comentar lo: “La vida debe ser diaria, móvil, útil; y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias.” (Carta a Joaquín Macal), 11 de abril de 1877, *Obras Completas*, T. 7, p. 97. Véase también *Edición crítica*, t. 5, p. 83.)

⁴⁴“Una en alma e intento:” Identidad y unidad latinoamericana en José Martí,” *De las dos Américas (Aproximaciones al pensamiento martiano)* (La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2002), p. 17

⁴⁵*Obras Completas*, T. 7, p. 102. Énfasis añadidos. Véase también: *Edición crítica*, t. 5, p. 93.

Leuchsenring a sus “muchos más altos y trascendentales propósitos americanistas e internacionalistas.”⁴⁶

Martí, sin embargo, reiteró este americanismo de un modo cada vez más expresamente hispanoamericanista, como si la nuestra fuera la única, la verdadera América. Así, ante los primeros “ruidos” causados por su ideas en Guatemala —y en un texto desconocido hasta los años sesenta del pasado siglo— le escribió a Valero Pujol: “canté una estrofa del canto americano, que es preciso que se entone como gran canto patriótico, desde el brillante México hasta el activo Chile.” Y añadía:

Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de *nuestra América fabulosa*. Yo nací en Cuba, y estaré en tierra de Cuba aun cuando pise los no domados llanos del Arauco. El alma de Bolívar nos alienta; el *pensamiento americano* me transporta. Me irrita que no se ande pronto. Temo que no se quiera llegar. Rencillas personales, fronteras imposibles, mezquinas divisiones, ¿cómo han de resistir, cuando esté bien compacto y enérgico, a un concierto de voces amorosas que proclamen la *unidad americana*? . . . ¿qué falta podrá echarme en cara *mi gran madre América*? ¡Para ella trabajo! — De ella espero mi aplauso o mi censura.⁴⁷

Después de abandonar Guatemala por los mismos celos a los que reaccionaba el texto, y después de una primera estadía en Nueva York, Martí reiteró la misma nota optimista al fundar la *Revista Venezolana en Caracas* a mediados de 1881 y exaltar “la grande América nueva, sólida, batallante, trabajadora y asombrosa.”⁴⁸ Nuevamente quedó trocado su entusiasmo al tener que abandonar precipitadamente el país por los celos del caudillo Guzmán Blanco. No obstante, se despidió, con unos de sus textos americanistas más citados:

De América soy hijo a ella me debo. Y de América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces, copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniega hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí un hijo.⁴⁹

Evolución y pliegues del (nuestra) americanismo martiano

Ya establecido en Nueva York, en donde permanecería por más de diez años después de intentos infructuosos de asentarse en México, Guatemala y Venezuela, Martí se fue moviendo hacia un americanismo explícitamente dualista, como el de Hostos. Al asumir,

⁴⁶“El americanismo de Martí,” *Letras: Cultura En Cuba*, Prefacio y compilación por Ana Cairo Ballester, (La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1989), Vol. 1, p. 192.

⁴⁷“Carta a Valero Pujol, Director de *El Progreso*, 27 de noviembre de 1877. *Obras Completas* T. 7, pp. 110-111. Énfasis añadidos.

⁴⁸“El carácter de la Revista Venezolana.” Caracas, 15 de julio de 1881, *Revista Venezolana* *Ibid.*, T. 7, p. 208.

⁴⁹“A Fausto Teodoro De Aldrey,” *La Opinión Nacional*, Caracas, 27 de julio de 1881, *Ibid.*, T. 7, p. 267.

en enero de 1884, la dirección de una publicación titulada significativamente *La América*, Martí señaló entre sus propósitos el de ser

el auxiliar fidedigno de los productores de la América del Norte y de los compradores de la América del Sur, —el observador vigilante de los trascendentales y crecientes intereses de *la América Latina en la América Sajona*, el explicador de la mente de los Estados Unidos del Norte ante la mente de aquellos que son en espíritu, y serán algún día en forma, los Estados Unidos de la América del Sur; la respuesta a todas las preguntas importantes que sobre este país pueden hacerse los nuestros; el punto de reunión y cita, en suma, de los intereses y pensamientos de *las dos Américas*.⁵⁰

Como señala Pedro Pablo Rodríguez, al acentuarse el dualismo, “ya Martí iba entrando por un camino que buscaba definir mejor esa abstracción del ‘hombre americano’ ahora ‘hispanoamericano’, con mayor precisión.”⁵¹

—*La América* viene a servir, en el momento que ambos hemisferios se acercan y hacen preguntas mutuas, de introductor en *la gran América ansiosa y embrionaria*, de los productos que con la sazón y sales sagradas de la libertad, han acelerado a punto maravilloso la madurez de la América Inglesa.

A los norteamericanos les hemos dicho, que responderemos, sin cargo alguno, a cuanto nos pregunten de *nuestra América Española*.⁵²

Con lo observado en Nueva York por más de dos años, Martí ya expresaba la misma previsión geopolítica que Hostos contra el expansionismo estadounidense, pero sin la idealización de Estados Unidos. Añadía así a los propósitos de *La América*:

Definir, avisar, poner en guardia, *revelar los secretos del éxito, en apariencia, —y en apariencia sólo,— maravilloso de este país*; facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual, —¡mayor acaso, sí, mayor, y más durable!—en nuestros países; es decir a la América Latina todo lo que anhela y necesita saber de esta tierra que **con justicia la preocupa...**

Sabemos que venimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir. *Hay provecho como hay peligro en la intimidad inevitable de las dos secciones del Continente Americano.*

La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso *por algunos puntos tan arrolladora*, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir.⁵³

Finalmente, esta postura dualista, hispanoamericanista y geopolítica, coexistía con

⁵⁰“Los propósitos de ‘La América’ bajo sus nuevos propietarios,” *La América*, enero de 1884, *Obras Completas*, T. 8, p. 265. Énfasis añadidos.

⁵¹“Una en alma e intento: ‘Identidad y unidad latinoamericana en José Martí.’” pp. 33–34.

⁵²“Los propósitos de ‘La América’ bajo sus nuevos propietarios,” p. 267. Énfasis añadidos.

⁵³*Ibid.*, p. 268. Énfasis añadidos.

renovados votos americanistas:

De nuestro alcance y futuros servicios, en pro del *espíritu americano* y de los brillantes países que engendra,—decidirá la acogida que nos vaya dando nuestro público.

No periódico queremos solamente que *La América* sea sino *una poderosa, trascendental y pura institución americana*. Este es nuestro periódico de anuncios.⁵⁴

Lo que reiteraría continuamente en *La América*, sin embargo, sería el hispanoamericanismo y el uso de América para referirse a la “española.” Este usar de América, y de América Latina, para referirse a Hispanoamérica, tanto en Hostos como en Martí, es harto comprensible si tenemos presente, además, que tenían por fuerza que excluir a Brasil, todavía una monarquía esclavista.⁵⁵

Al mismo tiempo, desde temprano en su período neoyorquino, el Apóstol fue moviéndose hacia el latino (hispano)-americanismo como categoría cultural. Ya en octubre de 1883, con un sentido de urgencia, y en un texto titulado “Agrupamiento de los pueblos de América.” escribió: “¡Tan enamorados que andamos de pueblos que tienen poca liga y ningún parentesco con los nuestros, y tan desatendidos que dejamos otros países que viven de nuestra misma alma, y no serán jamás —aunque acá o allá asome un Judas la cabeza— más que una *gran nación espiritual!*”⁵⁶ En enero de 1884, llamó al “establecimiento de un formidable y luciente país espiritual americano”⁵⁷ y en junio escribió, tratando de mantener el optimismo: “Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en *una colossal nación espiritual, se amarán luego.*”⁵⁸

Siete años más tarde, sin embargo, Martí culminó la transición de un pensamiento hispanoamericanista a lo que consideró una propuesta distinta, enfrentada al latino (hispano)-americanismo que había prevalecido hasta entonces y en el que había cifrado sus esperanzas. Con el ensayo “Nuestra América”, publicado por vez primera en *La Revista Ilustrada* de Nueva York el 1ro. de enero de 1891, maduró una propuesta que no sólo no ha sido igualada y mucho menos superada desde entonces, sino que tal vez ni siquiera hemos asimilado en su dimensión más radical.

⁵⁴Loc. cit. Énfasis añadido.

⁵⁵Rodolfo Sarracino, “José Martí y Brasil,” *Anuario del Centro de Estudios Martianos* 16 (1993), pp. 130–142. Agradezco al propio autor esta referencia.

⁵⁶*La América*, octubre de 1883, *Obras Completas*, T. 7, pp. 324–325. Énfasis añadido.

⁵⁷“Biblioteca Americana,” *La América*, enero de 1884, *Ibid.*, T. 8, p. 314.

⁵⁸“Libros de hispanoamericanos y ligeras consideraciones.” *La América*, junio de 1884, *Ibid.*, T. 8, pp. 318–319. Énfasis añadido.

Dice Pedro Pablo Rodríguez que, a comienzos de 1876, y en una crítica de teatro, Martí empleó por vez primera la frase *nuestra América*, cuando escribió “Si Europa fuera el cerebro, nuestra América sería el corazón.”⁵⁹ No obstante, dista mucho este uso inicial de la frase de la culminación de este pensamiento en 1891. Por eso admite Rodríguez igualmente que la frase “con este ensayo cobra plenamente el valor de un concepto en el pensamiento martiano.”⁶⁰

Ciertamente, y como vimos en la sección anterior, continuó utilizando el término durante todos esos años. Al contabilizar la frecuencia en el uso de ese término frente a los de América Latina y de Hispanoamérica, es observable, en primero lugar, que hay un descenso en el uso de América Latina y un ascenso del uso de *nuestra América*. Incluso, hay más de setenta (70) referencias a *nuestra América* —así, como adjetivo, mientras que el de América Latina va como nombre— frente a unas cuarenta (40) a Hispanoamérica y catorce (14) a la Latina. (Véase Tabla I y Gráfica I).⁶¹ En segundo lugar, es observable que hubo una creciente desilusión de Martí con las posibilidades de una acción concertada latino (hispano)-americana.

Tabla I –Frecuencia de Términos en Martí

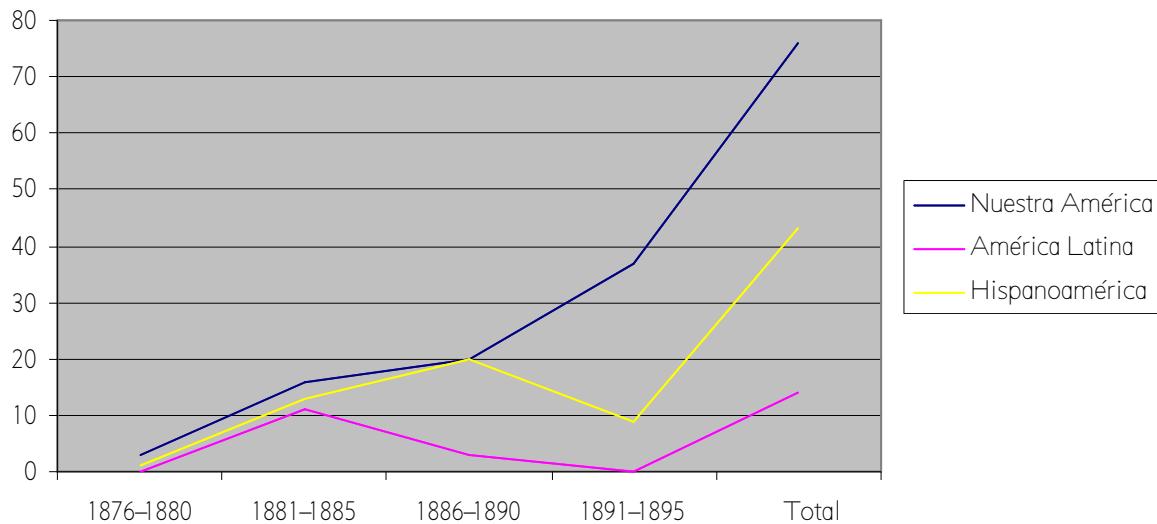
	1876– 1880	1881– 1885	1886– 1890	1891– 1895	Total
Nuestra América	3	16	20	37	76
América Latina	0	11	3	0	14
Hispanoamérica	1	13	20	9	43

⁵⁹“Hasta el cielo,”*Revista Universal*, México, 15 de enero de 1876, *Edición crítica*, t. 3, p. 158.

⁶⁰“Una en alma e intento:” *Identidad y unidad latinoamericana en José Martí*, pp. 14, 41.

⁶¹Compárese esto con casi trescientas (300) referencias a “América” que, como ya he señalado era veces el hemisferio y las más Hispanoamérica.

Gráfica I –Frecuencia de Términos en Martí



No es casual, por cierto, que escribiera el texto luego de observar, participar y comentar en la Primera Conferencia Internacional Americana, celebrada en Estados Unidos desde fines de 1889 hasta mediados del 1890. No es que Martí se convenciese entonces de la amenaza que representaba Estados Unidos. Desde los comienzos de la Conferencia, comentó para *La Nación* de Buenos Aires:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repleto de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratados con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, las causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.⁶²

⁶²"Congreso Internacional de Washington: Su historia, sus elementos y sus tendencias –I," *La Nación*, Buenos Aires, 19 de diciembre de 1889, *Obras Completas* T. 6, p. 46.

Tampoco se trata de que tuviese entonces demasiadas esperanzas en una acción concertada de las repúblicas hispanoamericanas frente a la amenaza. Aún antes del pasaje antes citado, sentenció:

Cada grupo de Hispanoamérica comenta lo de su república, e inquierte por qué vino este delegado y no otro, y desaprueba el congreso, o espera de él más disturbios que felicidades, o lo ve con gusto, si está entre los que creen que los Estados Unidos son un gigante de azúcar, con un brazo de Wendell Phillips y otro de Lincoln, que va a poner en la riqueza y en la libertad a los pueblos que no la saben conquistar por sí propios, o es de los que han mudado ya para siempre domicilio e interés, y dice “**mi país**” cuando habla de los Estados Unidos, con los labios fríos como dos monedas de oro, dos labios de que se enjuga a escondidas, para que no se las conozcan sus nuevos compatriotas, las últimas gotas de leche materna. Esto no es un estudio ahora: esto es crónica.⁶³

Aplaudió, con alivio, que la mayoría de las delegaciones derrotaran la propuesta estadounidenses de una unión aduanera excluyente de Europa. Y al comentar el rechazo a su otra propuesta principal, concluyó: “**Y sin ira, y sin desafío, y sin imprudencia, la unión de los pueblos cautos y decorosos de Hispanoamérica, derrotó el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington.**”⁶⁴ Despues de la Conferencia, y después de haberla comentado en detalle, al analizar los motivos y los móviles de esta, confesó al prologar sus *Versos sencillos*:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que *por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía*, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, *de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana*, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos.⁶⁵

⁶³“El Congreso De Washington [1],” *La Nación*, Buenos Aires, 8 de noviembre de 1889, *Obras Completas*, T. 6, p. 35.

⁶⁴“La Conferencia De Washington [2],” *La Nación*, Buenos Aires, 31 de mayo de 1890., *Ibid.*, T. 6, p. 90.

⁶⁵“Prólogo a los Versos Sencillos,” Nueva York, 1891, *Obras Completas* T. 6, p. 143. Enfasis añadidos.

Escrito en esa coyuntura, “Nuestra América” constituye, entonces y en primer lugar, una impugnación de las repúblicas hispanoamericanas, de la importación formal de modelos europeos y estadounidenses, no sólo inaplicables a la realidad regional, sino para justificar gobiernos eminentemente oligárquicos. Así, sentencia:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. ... El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país.⁶⁶

Y añade, en un rechazo directo de la consigna dualista de Domingo Faustino Sarmiento: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. ... Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.”

Elabora también, en un pasaje que recuerda las ideas esbozadas en “Los códigos nuevos” y maduradas en múltiples textos por casi quince años, la reivindicación de una civilización americana. Y lo hace reivindicando nuestra única, genuina, irrenunciable antigüedad:

Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. *Injértense en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.* Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas. (p. 18– Énfasis añadido.)

“Nuestra América” constituye, además, y en segundo lugar, una impugnación de la desunión de dichas repúblicas frente a Estados Unidos. Desde el inicio del texto, hay un llamado que recuerda el ya citado al comienzo de la Conferencia Internacional Americana:

Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tunden y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes. (p. 15)

⁶⁶“Nuestra América.” *El Partido Liberal* (Méjico), 30 de enero de 1891, *Obras Completas*, T. 6, pp. 16–17. En las próximas citas, sólo pongo el número de página(s) (entre paréntesis).

Es, sin embargo, luego del planteamiento principal, que advierte directamente: “Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.” (p. 21)

“Nuestra América” conserva, sin embargo, al menos discursivamente, algo del americanismo optimista con que había cerrado “Los códigos nuevos” o marcado sus comienzos en la dirección de *La América*. Adopta, sin embargo, un cierto giro de que Estados Unidos se salve de sí mismo:

Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, *de que acaso se libre por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte ...;* como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento ... (pp. 21-22 –Énfasis añadido.)

Y añade, en una aguda observación del provincianismo que atraviesa desde entonces a los vecinos: “*El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América;* y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe.” (p. 22 –Énfasis añadido.)

“Nuestra América” constituye, finalmente, un salto en la concepción cultural de “raza,” para convertirse en una impugnación del racialismo racista de Europa y Estados Unidos. Antes resume, en un poético pasaje, pero que hoy llamaríamos de perspectiva dependentista:

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. *La colonia continuó viviendo en la república;* y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen,— por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos. (p. 19 –Énfasis añadido)

Es al final, sin embargo, donde da el aldabonazo antirracista del que se percató, pionero en tantas cosas, el fundador de la antropología antillana Fernando Ortiz.⁶⁷ Mucho más pionero fue entonces el propio Martí, al anticiparse a la denuncia de la ciencia actual del racialismo como una construcción eurocéntrica:

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. (p. 22)

Antillanismo y latinoamericanismo del 1878 hasta la muerte de Martí

Hay todo un capítulo por escribir sobre los avatares del antillanismo de 1878 a 1892. Se trata del período tal vez menos estudiado y documentado de los encuentros y desencuentros ocurridos durante el último tercio del siglo. Betances, de regreso definitivo en París, fungió como Primer Secretario de la Legación de la República Dominicana en Francia y encargado de negocios en Londres y Berna de 1883 a 1884. Prosiguió ininterrumpidamente sus gestiones antillanas, desde la conspiración constante hasta el apoyo a los hijos de antillanos que llegaban a estudiar o a refugiarse, incluido el hijo de Luperón. Brilló además por su labor como médico e investigador científico, alcanzando en julio de 1887 el otorgamiento de la cruz de Caballero de la Orden Nacional de la Legión de Honor.⁶⁸

Ulises Hereaux, cada vez más alejado de su mentor Luperón y del liberalismo con que habían peleado por la restauración, coqueteaba con España y negaba su apoyo a los independentistas cubanos.⁶⁹ Demostró con creces su alejamiento del antillanismo al expulsar a Máximo Gómez de su propia patria. Hostos, acogido por Lilís para fundar la Escuela Normal en República Dominicana, terminó aceptando la invitación a dirigir un importante liceo en Chile, debido a sus diferencias irreconciliables con el caudillo.⁷⁰ Durante su estadía había mantenido los ideales antillanistas, desplazando si acaso el foco vital de Cuba a la República Dominicana. En un texto de 1884, que recuerda el “Programa de los Independientes,” proclamó:

⁶⁷Fernando Ortiz, “Martí y las ‘Razas de librería’,” *Anales de la Universidad de Chile*, CXI, 89 (1er. Trimestre 1953): 117–130. Véase también: “Martí y Las Razas” (La Habana: Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1953).

Agradezco esta referencia a la colega cubana Ana Cairo.

⁶⁸Félix Ojeda Reyes, *El Desterrado de París: Biografía del Doctor Ramón Emeterio Betances (1827–1898)*. (San Juan: Ediciones Puerto; 2001), Capítulo IX, esp. pp. 266–267, 305.

⁶⁹Mu-kien A. Sang, *Ulises Hereaux: Biografía De Un Dictador* (Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo / Editora Corripio, 1996), pp. 125–126.

⁷⁰Ibid., pp. 125–126.

Lo que puede ser una gran nacionalidad no es la República Dominicana que conocemos. La República puede progresar hasta el punto de organizar todas sus fuerzas ... y así podría llegar a ser una gran nación. Cuba, si logra salir de las garras españolas, Puerto Rico, si quisiera decidirse a salir de ellas, podrían también llegar a ser naciones considerables. Pero ninguna de ellas podría llegar aislada a lo que sólo juntas pueden llegar todas. La nacionalidad es una institución natural; la nación es de institución jurídica.

.....

En las Antillas mayores, hay un esbozo de una nacionalidad, y de una nacionalidad tan natural; por inasequible que hoy parezca y aún por invisible que sea a tardos ojos, que en ninguna otra ha hecho la Naturaleza tanto esfuerzo por patentizar su designio. Cuba, Jamaica, Santo Domingo, Puerto Rico no son sino miembros de un mismo cuerpo, fracciones de un mismo entero, partes de un mismo todo.⁷¹

Hostos, sin embargo, tal vez sólo procuraba apoyo al frente cubano, siempre el más importante, y en el cual los desencuentros se desataron en torno a cómo reanudar la guerra después del Pacto del Zanjón. Destaca como uno de los temas la muy oriental y muy antillanista Guerra Chiquita encabezada por Antonio Maceo, en cuya proclama llamó a “formar una nueva república asimilada con nuestra hermana la de Santo Domingo y Haití.”⁷²

Más importantes aún parecen los desencuentros en torno al malogrado Plan Gómez-Maceo de 1884 a 1887, que apoyaron activamente tanto Betances como Hostos.⁷³ Gómez y Maceo contaban con La Española como una base de apoyo que resultó fallida, entre otras razones, por la fría actitud, no sólo de Lilís, sino también del presidente de Haití durante esa década, Louis-Felicité Lysius Salomon. El más significativo desencuentro, en cuanto al tema que nos ocupa, fue la desavenencia de Martí con dicho plan, que le llevó a desvincularse de la actividad conspirativa durante tres años.⁷⁴

Finalmente, el otro tema que llama la atención es el de un desplazamiento aún mayor de la dinámica independentista hacia los exiliados cubanos en Estados Unidos, sobre todo en Nueva York y la Florida. Todo esto podría ofrecer pistas para explicar la otra diferencia más visible entre José Martí y los demás antillanistas, ya mencionada. Se trata de que Martí no acogió intensamente el antillanismo hasta después de “Nuestra América” y en camino a fundar el Partido Revolucionario Cubano (PRC).

⁷¹“Lo que algún día será una gran nacionalidad.” *Revista Científica*, Núm. 15, 25 de agosto de 1884. *Hostos en Santo Domingo*, Editor Emilio Rodríguez Demorizi (Ciudad Trujillo [Santo Domingo], República Dominicana –1942), Vol. I, pp. 130–131. Agradezco esta referencia al colega dominicano Francisco Henríquez.

⁷²“A los habitantes del Departamento Oriental,” *Antonio Maceo: Ideología Política (Cartas y otros documentos)* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1998), Vol. I, p.83. Edición facsimilar de la original ...

⁷³ Ojeda Reyes, *El Desterrado de París*, pp. 300–304.

⁷⁴Luis Toledo Sande, “Cesto de Llamas: Biografía de José Martí. 2da. ed. (La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1998), pp. 155–161.

A algunos colegas les ha disgustado que diga que Martí llegó tarde al antillanismo, como si se tratara de un juicio valorativo y no el señalamiento de un hecho.

Notablemente, no sólo no hay casi referentes antillanistas en su obra antes de 1892, sino que apenas hay referencias a las Antillas. No en balde nuestro querido y desaparecido colega Ramón de Armas intentó colocarlo desde más temprano:

Cierto es que, allá en su más temprana juventud, muy en los inicios de su largo quehacer —durante la primera deportación a España, entre 1871 y 1874—, la independencia de la isla mayor pareció alzarse ante él como meta solitaria. Pero incluso entonces sus textos mencionaban a las Antillas españolas como lo que en realidad eran: una unidad en la dependencia colonial. Y muy pronto —como han señalado otros autores— el común vivir con deportados de Puerto Rico habría de identificar en un objetivo común la independencia de la isla hermana a la misma causa de la independencia de Cuba. A ello debe haber contribuido, en no poca medida, el conocimiento creciente de los diversos esfuerzos independentistas que antecedieron a los movimientos de Yara y de Lares, en el conjunto bregar organizativo de los mejores hombres de ambas islas por la independencia con respecto a España.⁷⁵

Sin duda, Martí estaba consciente, como hemos reseñado, de los proyectos de confederación y de los aportes antillanos a la Guerra de los Diez Años, pero su estrategia revolucionaria no privilegió al antillanismo hasta el final.

¿Cuál es la clave para este marcado cambio en el discurso martiano? La clave, propongo como hipótesis, es tan geopolítica como la que llevó a Betances y a Hostos al latinoamericanismo, pero a la inversa. Al fin y al cabo, no se trata de ideas y sentimientos que puede haber albergado desde muy temprano— sino de cuál era la estrategia que viabilizara la independencia cubana. Martí llegó a la conclusión, como antes Hostos, de que no podía contar con el apoyo de las repúblicas hispanoamericanas. En el proceso de organizar el PRC para reanudar la guerra, concluyó que sus bases de apoyo serían los exiliados cubanos y antillanos en Estados Unidos y las propias Antillas.

Una pista aparece en la última crónica de la Conferencia Internacional Americana, cuando reseñó los brindis y aplausos entre los delegados hispanoamericanos a la verticalidad del representante argentino:

⁷⁵“La idea de la unión antillana ...”, 167.

Quintana, vencido por primera vez, sólo acierta a decir “¡Para mi patria acepto estos cariños! ¡Nada más que un pueblo somos todos nosotros en América! ¡Yo he cumplido, y todos hemos cumplido con nuestro deber!” *Un americano, sin patria, hijo infeliz de una tierra que no ha sabido aun inspirar compasión a las repúblicas de que es centinela natural, y parte indispensable, veía, acaso con lágrimas, aquel arrebato de nobleza.* Las repúblicas, compadecidas se volvieron al rincón del hombre infeliz,⁷⁶ y brindaron por el americano sin patria. Lo que tomaron unos a piedad y otros a profecía.⁷⁷

Ya le había escrito a su íntimo amigo y colaborador Gonzalo de Quesada, a comienzos de la Conferencia:

El interés de *lo que queda de honra en la América Latina*,— el respeto que impone un pueblo decoroso— la obligación en que esta tierra está de no declararse aún ante el mundo pueblo conquistador —lo poco que queda aquí de republicanismo sano— y la posibilidad de obtener nuestra independencia antes de que le sea permitido a este pueblo por los nuestros extenderse sobre sus cercanías, y regirlos a todos— he ahí nuestros aliados, y con ellos emprendo la lucha. Con dinero, Gonzalo, a nada le temería. No son sueños.⁷⁷

Pero no quedaba suficiente “honra” en la América Latina, o al menos suficiente para servir de base de apoyo a la reanudación de la revolución independentista cubana. Es así que Martí se volcó, durante el año siguiente, a la publicación de “Nuestra América” y a la organización del Partido Revolucionario Cubano con sus principales bases de apoyo entre los exiliados cubanos y antillanos en Estados Unidos y en las propias Antillas. Es así que fundó el PRC “para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.”⁷⁸

Cuatro meses después de fundado el Partido, Martí escribió un muy citado texto sobre Román Baldorioty de Castro que ilustra lo consciente que estaba de la imbricada e interactiva historia de las Antillas hispanohablantes, y lo intensamente que iba abrazando el discurso antillanista. Mucho más revelador: demuestra lo bien informado que se hallaba de la complejidad de la política y la lucha independentista puertorriqueña, en la cual la base organizada del apoyo a la independencia cubana estaba en el Partido Autonomista:

⁷⁶“Congreso de Washington,” *La Nación*, Buenos Aires, 15 de junio de 1890, *Obras Completas*, T. 6, p. 102. Énfasis añadido.

⁷⁷“Carta a Gonzalo Quesada,” *Nueva York*, 16 de noviembre de 1889, *Obras Completas*, T. 6, p. 122. Énfasis añadido

⁷⁸Bases del Partido Revolucionario Cubano.” 5 de enero de 1892, *Obras Completas*, T. 6, p. 279.

Ni un átomo de lacayo tuvo en vida el previsor puertorriqueño, el invencible Baldorioty Castro, a quien, en símbolo sagaz, tributaron homenaje ayer, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.⁷⁹

Nótese, sin embargo, que ninguno de estos textos —u otros que haya podido examinar— hacen referencia a la confederación de las Antillas, tema que sospecho podía resultar divisivo en el movimiento independentista cubano. Nótese también cómo se reitera la imagen de “centinela,” de vigía.” Es decir, hasta ese momento, Martí no apelaba al imaginario del equilibrio americano, ni por tanto a la metáfora del fiel de la balanza. Según Rolando González Patricio, uno de los principales estudiosos de esta etapa, la estrategia seguía siendo hispanoamericanista:

En el camino hacia “el equilibrio del mundo,” la liberación de las Antillas conforma *el plan mínimo e inmediato*, no menos complejos y trascendentales, sino aquellos que— abarcando una zona geográfica más limitada— constituyen “la garantía del equilibrio”; la condición inicial necesaria —aunque no suficiente— para poner en práctica el resto del programa. Es por eso que en 1894, al iniciarse el tercer año de vida del Partido Revolucionario ... al abordar “el deber de Cuba en América”, precisa en relación con el Caribe insular ...⁸⁰

Pero no sería precisamente hasta 1894 que Martí adoptaría el imaginario del equilibrio americano. En un texto de agosto de 1893, se refirió a la diplomacia española que neutralizaba los apoyos potenciales en Hispanoamérica:

Pero la sustancia no ha de sacrificarse a la forma, ni es buen modo de querer a los pueblos americanos crearles conflictos, aunque de pura apariencia y verba, *con su vieja dueña España, que los anda adulando con literaturas y cintas, y pidiéndoles, bajo la cubierta de academias felinas y antologías de pelucón*, la limosna de que le dejen esclavas a las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, que son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a hacer libres a Cuba y Puerto Rico.⁸¹

Veamos entonces, en ese contexto, el también muy citado texto martiano de 1894 y el más conocido en donde Martí utilizó la imagen del “fiel de la balanza”:

⁷⁹“Las Antillas y Baldorioty Castro,” *Patria*, 14 de mayo de 1892, *Obras Completas*, T. 4, p. 406.

⁸⁰*Cuba y América en la modernidad de José Martí* (Santa Clara, Cuba: Ediciones Capiro, 1996), p 11. Énfasis añadido.

⁸¹“Otro Cuerpo de Consejo,” *Patria*, 19 de agosto de 1893, *Obras Completas*, T. 2, p. 373. Énfasis añadido

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,— mero fortín de la Roma americana;—y si libres— y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente *la garantía del equilibrio*, la de la independencia para la América española aún amenazada y *la del honor para la gran república del Norte*, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.⁸²

Y sentencia: “Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.”

Resulta notable que —en este texto de abril de 1894— Martí volviera al giro de que Estados Unidos se salvara de sí mismo, adoptado en “Nuestra América.” Pero ahora serían las Antillas libres “la garantía... del honor para la gran república del Norte.” Y es más notable aún que lo reiterara en la conclusión:

Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar *la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana*. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esto es tarea de grandes.⁸³

¿A quién le dirigía Martí este último hálito de optimismo americanista? ¿Estaba vinculado de alguna manera con el giro hacia el antillanismo que también siguió a “Nuestra América”?

Hasta aquí, salvo por la carta a Gonzalo de Quesada, antes citada, he hecho referencia a lo que podemos llamar “textos públicos,” es decir escritos para su publicación y efectivamente publicados. Algunos de sus textos antillanistas más citados, sin embargo, fueron “textos privados,” por ejemplo correspondencia. Vienen al caso, entonces, dos de sus últimas cartas, tal vez las más famosas, incluidas ambas en los llamados testamentos del Apóstol.

⁸²“El tercer año del Partido Revolucionario Cubano: El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América,” *Patria*, 17 de abril de 1894, *Obras Completas*, T. 3, p. 142. Énfasis añadidos.

⁸³*Ibid.*, p. 143. Énfasis añadido.

La primera fue al dominicano Federico Henríquez y Carvajal, del mismo día en que firmó junto a Máximo Gómez el Manifiesto de Montecristi: 25 de marzo de 1895. En esta reiteró la geopolítica adoptada:

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. *Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.* Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,— y yo, a rastras, con mi corazón roto.⁸⁴

Pero en ella expresó también sus más intensos y espontáneos sentimientos antillanistas:

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó, a la voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato, como superior dispensación, y *como ley americana*, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de la libertad de Cuba. *Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.*⁸⁵

Esta carta demuestra que, efectivamente, Martí había adoptado el imaginario del equilibrio americano. Parecería que ya no abrigaba ninguna esperanza de que Estados Unidos se salvara de sí mismo y poca en la estrategia hispanoamericana. Así lo confirma la segunda carta, tal vez la más citada, a su amigo mexicano Manuel Mercado, un día antes de su muerte:

... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de *impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.* Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

⁸⁴Obras Completas, T. 4, p. 111. Énfasis añadidos.

⁸⁵Ibid., pp. 111–112. Énfasis añadidos.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de Vd. y mío,— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de *la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia*,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas—y mi honda es la de David.⁸⁶

Pero, ¿cómo que “en silencio” y “como indirectamente”? ¿No estaba clara esa visión en los textos citados a lo largo de este escrito? No exactamente, tanto el discurso de que Estados Unidos se salvara de sí mismo como aquel de que lo salvaran las Antillas libres eran para consumo público. La desesperanza con que Martí se expresa en la carta a Mercado y su estrategia de las Antillas como trinchera representan sus más íntimas conclusiones.

Pero la estrategia antillanista también presentaba sus dificultades. Nótese que —salvo la muy poética referencia al final de la primera carta— ninguno de los textos íntimos hace referencia a la confederación de las Antillas, aunque en este caso no pudiera resultar divisivo en el movimiento independentista cubano. Aún en el camino de comenzar la guerra desde La Española, prevaleció una extrema cautela de su parte.

El Manifiesto de Montecristi, firmado con Máximo Gómez el 25 de marzo de 1895, es el texto público de esos días tal vez más conocido. Este constituía la máxima preocupación de Martí de camino a Cuba, pues se trataba de proyectar el acuerdo del jefe militar con el “programa político” del PRC. Martí tenía un especial interés de que ese documento llegara a los españoles, según revela, por ejemplo, su correspondencia con Mercado. En todo ese extenso texto, hay un sólo pasaje que hace referencia las Antillas:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y commueve que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.⁸⁷

La cautela y ambigüedad del texto hablan por sí sol.

⁸⁶Carta a Manuel Mercado, 18 de mayo de 1895, *Obras Completas*, T. 4, pp. 167–168. Énfasis añadidos.

⁸⁷“Manifiesto de Montecristi”, 25 de marzo de 1895, *Obras Completas* T. 4, pp. 100–101. Énfasis añadidos.

Meses más tarde, Eugenio María de Hostos —todavía en Chile y donde intentaba auxiliar al PRC desde comienzos de ese mismo año— habría de referirse a la carta a Henríquez y Carvajal ya publicada por éste como *El testamento de Martí*. Es uno de los pocos textos en el que hizo referencia al Apóstol, así como el único de Martí sobre Hostos fue el ya citado de 1876. En un revelador pasaje, reclamó a un tiempo el origen puertorriqueño de la idea federacionista y el significado de su adopción por Martí:

No son ideas de Martí, sino de la Revolución, y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas; pero esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civilización para las Antillas están expresadas con tan íntima buena fe por el último Apóstol de la Revolución en las Antillas,⁸⁸ que toman nuevo realce.

Tres años después, el 16 de septiembre de 1898, a los setenta y un años de edad, moría en París Ramón Emeterio Betances. El más anciano y el más joven de los tres notables republicanos cerraron así el ciclo revolucionario del antillanismo y el latinoamericanismo que terminó con la segunda guerra de independencia cubana, de 1895 a 1898. La intervención de Estados Unidos en dicha guerra inició su extensión “con esa fuerza más” sobre las repúblicas del Caribe.

Hostos, menos desengañado que Betances y Martí con la república del norte, intentó que Washington cumpliera con Puerto Rico la promesa de libertad con la que justificó la invasión por sus playas el 25 de julio de 1898. Desengañado al fin con el imperio y con la ambigüedad de sus propios compatriotas, regresó a la República Dominicana —ya convertida en su segunda patria y la primera de algunos de sus hijos— en donde murió en 1903. Sus restos yacen aún en el Panteón Nacional dominicano, donde se cumple su voluntad de no descansar en suelo boricua hasta que sea el de un país libre.

Máximo Gómez y otros cubanos, dominicanos y puertorriqueños continuaron los esfuerzos por mantener viva la llama del antillanismo. Pero sus elites marcharon por otros derroteros. El nuevo imperio no permitió muchas opciones de colaboración y el ideal confederativo no encontraría campeones comparables.

⁸⁸“El testamento de Martí,” en *Hostos y Cuba*, p. 259. Véase también, en el estudio preliminar de Roig de Leuchsenring: “Hostos y Martí,” pp. 82–88.